

El encuentro: EL SON CUBANO Y EL FLAMENCO

Si es verdad que la música une a los pueblos, este Encuentro los ha hecho solidarios, amalgamándolos en uno solo. La tierra, el clima, la gente han sido los catalizadores; pero la propia música se convirtió en el crisol imprescindible para fundirlos.

En el son cubano -origen y destino de la música popular cubana- convergen las tradiciones musicales españolas y africanas, aclimatadas en las regiones orientales de Cuba. En el equipaje existencial del guajiro subyacen formas estróficas, cadencias, modos rítmicos e instrumentos procedentes de la tradición trovera española. Entreverados y enriquecidos por aportes africanos (sobre todo en los acentos rítmicos y en la formulación solista/coro de las interpretaciones), hicieron un viaje de regreso hasta la metrópoli, donde se anudaron al cancionero popular. Bastará referirse a los estilos flamencos llamados de ida y vuelta para percibir la importante aportación indiana al sentir musical del pueblo andaluz. Los dulces acentos de las melodías criollas y sus figuras de baile han quedado en algunas de las expresiones más genuinas del arte popular español.

Las manifestaciones musicales de Cuba y Andalucía, como emanación de la forma de ser y de sentir de sus gentes, tienen suficientes puntos de contacto como para justificar este Encuentro. Se precisaba una aproximación física entre sus cultivadores para que desaparecieran las fronteras del tiempo y la distancia. Se trataba, pues, de un reencuentro que era necesario consumir. Sevilla, como encrucijada primordial de los caminos musicales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, se ha encargado, felizmente, de concretarlo. La Fundación Pública Luis Cernuda, de la Diputación de Sevilla, lo ha hecho posible. Con ella han colaborado el Instituto Cubano de la Música y Animal Tour, que han canalizado la participación de más de cincuenta intérpretes, a los que hay que sumar los relevantes musicólogos que han proporcionado justificación teórica al acontecimiento. Cuando capacidad organizativa y compromiso emocional -cabeza y corazón-caminan de la mano todo parece más fácil y cuajado. Un trabajo de equipo que quedará como modélico.

Las actividades se han desarrollado en pueblos de la campiña sevillana. Utrera, Lebrija, El Coronil y Mairena del Aljarafe han aportado escenarios lumino-

sos en los que se han podido contrastar las singularidades y similitudes de dos universos musicales sometidos a una misma gravitación emocional: Compay Segundo y sus Muchachos/ Utrera y su Compás, El Guayabero y su Grupo/ Grupo Pedro Bacán, Conjunto Tradicional Los Naranjos/ Nano de Jerez y Septeto Spirituano/ Lebrija Sentimiento al Golpe han sido los encargados de trazar los puntos cardinales de

precisaba ningún tipo de referencia para sentirse embriagado por las canciones de estos dos artistas singulares. Su forma simplificada de hacer música no supone en modo alguno limitación, sino decantación. Depositarios del secreto de la autenticidad, han sido capaces de asumir la economía de recursos que caracteriza a la música tradicional, que la hace perenne y directa; también sencilla en apariencia, pero una



Faustino Oramas, El Guayabero.

esos dos universos. Algunos de los rostros más significativos del cubano habían sido expresivamente fotografiados por Tomás Casademunt, un joven soñador que había emprendido un viaje a la isla antillana para materializar su sueño.

Dos supervivientes de la Vieja Trova vertebraban la aportación caribeña: Francisco Repilado, Compay Segundo, (87 años) y Faustino Oramas, El Guayabero, (83 años). El musicólogo Danilo Orozco, posiblemente el más lúcido conocedor de la música cubana, respondía de forma esclarecedora a nuestra pregunta acerca de si estos músicos eran de una calidad equiparable a los que se citan como exponentes máximos de la canción tradicional cubana: "Lo que habría que preguntarse es si los llamados máximos exponentes de la música popular cubana están a la altura de estos dos intérpretes". Desde luego no se

sencillez que encierra un largo proceso de reelaboración, y que sólo los genuinos cultivadores de la música popular, los que continúan formando parte del pueblo, son capaces de trasladar a sus composiciones.

Compay Segundo arranca del son para incorporar a su repertorio la pluralidad de estilos que configuran la música tradicional cubana. Su lucidez mental, su talento vitalista, su sencillez y simpatía innatas lo convirtieron en centro de atracción del Encuentro. Ochenta minutos de permanencia ininterrumpida en el escenario en su concierto de presentación, consiguiendo empastes insospechados como segunda voz, construyendo con su tres (hibridado con guitarra) sólidos discursos instrumentales y presentando ingeniosamente sus propias composiciones, mostraron a un intérprete en plenitud de facultades y en gozosa

Un reencuentro largo tiempo presentado

actitud de compartir su música con todos. El Guayabero, por su parte, es un trovador que se inspira en sucesos cotidianos, con los que hilvana pegadizas melodías que canta como quien recita fragmentos de un pliego de cordel, coreadas por estribillos que brotan espontáneos en cuantos le escuchan. En realidad, convierte a los espectadores en cómplices que se guiñan el ojo cada vez que desgrana una de sus letras

de las formas más verdaderas de la música tradicional cubana. Su participación fue gozosamente compartida por un público entregado. Poco adecuado para la circunstancia resultó, por el contrario, el grupo que acompañó al Guayabero; una agrupación que, no obstante, cuenta con prometedores solistas, que dieron lo mejor de sí mismos en una vibrante descarga posterior al concierto.

pantes en el Encuentro. Pero acaso de forma más natural y significativa, esa interacción se ha canalizado a través de los espectadores, capaces de subrayar con palmas flamencas un pasaje de son o acompañar con movimientos ondulantes de rumba el ritmo de una bulería. Esta espontánea respuesta prueba, además de la compatibilidad de dos lenguajes musicales, su capacidad para generar climas emocionales de marcado

carácter lúdico. Esta circunstancia se puso de manifiesto cada noche al concluir las actuaciones, cuando andaluces y cubanos sostenían pulsos musicales en saraos sustanciados alrededor de ese ron áureo que es el vino de Jerez (como el que consumaron el relampagueante tresero Leonel González con el no menos explosivo guitarrista Agustín Carbonell).

Pero acaso el mestizaje más completo entre estos y otros géneros musicales se produjo, aunque con otros principios conceptuales, en el recital que culminó la gira de Juan Perro, el nuevo proyecto de Santiago Auserón: una imaginativa y arriesgada fusión en sentido horizontal -música de uno y otro lado de la frontera (que cada cual coloque la aduana donde prefiera)- y vertical - rock actual injertado con estilos tradicionales -, apoyada por instrumentistas de tanta credibilidad como Javier Colina, El Bola o Tino Di Geraldo. Es un camino, no exento de dificultades y presumibles incomprensiones, que abre nuevos horizontes tanto al público rockero como al que presume de no serlo.

Una última referencia a lo que supuso, quizá, el momento culminante del Encuentro: el emotivo homenaje que se rindió a Antonio Machín. Este mítico cantante, cuyos restos reposan en Sevilla, fue cantado por los músicos cubanos, representados por Compay Segundo (que mostraba orgulloso una fotografía dedicada por Machín en 1934). No faltó un *Angelitos Negros* coreado por todos los presentes, y un vertido ritual de ron sobre las dos gardenias de blanco mármol prendidas en la losa negra que cubre la tumba del cantor.

El terreno ha quedado abonado para próximos reencuentros. Esta crónica no puede tener punto final. Necesariamente ha de concluirse con puntos suspensivos... ■

Sevilla, julio 1994

Texto y Fotografía: José Luis Salinas



Nano de Jerez.

de doble sentido. Arcaico y veraz en su manera de acompañarse al tres, cálido en la voz, receptivo a cuanto le rodea, amante de la improvisación, practica una forma de entender la música -y, sin duda, también la vida- entrañable y cercana, lamentablemente en vías de extinción; acaso se trate del último juglar. El recuerdo de estos dos intérpretes llenará de emoción a cuantos compartieron sus memorables recitales. Una reliquia que disfrutamos como si se tratase de un producto recién elaborado. Esa es justamente la cualidad que eleva a la categoría de Arte la expresión musical.

Frente a la luz cegadora de estos dos poetas del pentagrama, el resto de las formaciones cubanas presentes en el Encuentro habían de quedar necesariamente ensombrecidas. Los Naranjos y el Septeto Spirituano están avalados por largos años en el ejercicio

De la aportación flamenca al Encuentro se recordarán destellos singulares: el ralentizado baile por bulerías a cargo de Concha Vargas, que cerró la actuación en Lebríja de Pedro Bacán, la descarnada soleá de Tío Juane y las bulerías de su hijo Nano de Jerez, la autenticidad de Utrera y su Compás y la capacidad de comunicación de Sentimiento al Golpe, un grupo gitano de Lebríja que acaso fue el que mejor supo entender a los soneros cubanos, como quedó de manifiesto en la espontánea comunicación que se estableció entre ellos durante el acto de presentación del Encuentro en La Carbonería, un local que conservaba en su patio los enduendados ecos de pasadas reuniones flamencas.

Probablemente el respeto mutuo, la timidez propia de todo primer contacto, ha lastrado las expectativas de un diálogo de mayor calado entre los partici-